

pe. Muertos todos los que, por estar descontentos, le podían ofender, afianzó su poder con nuevas leyes civiles y militares, y durante el año que tuvo aquel principado no sólo vivió tranquilo en Fermo, sino llegó á ser formidable para todos sus vecinos. Su expulsión fuera difícil, como la de Agatocles, si no se hubiese dejado engañar por César Borja, cuando cogió en Sinigaglia, según hemos referido, á los Orsini y á los Vitelli. Allí, poco después de un año de cometido el parricidio, fué extrangulado en unión de Vitellozzo, su maestro en el arte de la guerra y en las maldades.

Llamará á algunos la atención que Agatocles y otros como él, después de cometer infinitas traiciones y crueldades, hayan podido vivir largo tiempo seguros en su patria y defenderse de los enemigos exteriores sin que sus conciudadanos conspirasen contra ellos, mientras otros muchos príncipes nuevos, á causa de sus crueldades, no han podido conservar su poder en épocas tranquilas, y mucho menos en los azarosos tiempos de guerra. Creo que esto sucede por el buen ó mal uso que de la crueldad se haga. Se dice bien usada (si puede llamarse bueno á lo que es malo en sí mismo) cuando se emplea una sola vez por la necesidad de afianzar el poder y después no se repite, procurando que, en cuanto sea posible, se convierta lo hecho en utilidad del pueblo. Mal usada es la que, no teniendo grande importancia al principio, va después creciendo en vez de desaparecer. Los que emplean la primera pueden esperar que Dios y los hombres les perdonen, como sucedió á Agatocles; los otros es imposible que se mantengan en el poder.

De aquí se deduce que el usurpador de un Estado debe procurar hacer todas las crueldades de una vez para no tener necesidad de repetirlas y poder, sin ellas, asegurarse de los hombres y ganarlos con beneficios.

Quien hace otra cosa por timidez ó mal consejo, necesita estar constantemente con el cuchillo en la mano, y ninguna confianza podrá tener en sus súbditos, á quienes, por las continuas y recientes injurias, tampoco puede inspirar seguridad alguna. Las ofensas deben hacerse todas de una vez, porque cuanto menos se repitan, menos hieren; y los beneficios conviene ejecutarlos poco á poco, para que se saboreen mejor. El príncipe debe, sobre todo, vivir con sus súbditos de tal modo, que ningún suceso malo ó bueno le haga variar de conducta; pues para obrar mal no hay momento oportuno en las adversidades cuando se necesita de ellos, y si la mudanza consiste en obrar bien no aprovecha, porque, juzgándola forzada, no la agradecen.

CAPÍTULO IX

De los principados civiles.

El otro medio de que un ciudadano llegue á ser príncipe, sin maldad ni violencia alguna, es el del favor y la asistencia de los conciudadanos, y á este principado se le puede llamar civil. No es necesario, para conseguirlo, ni gran fortuna, ni verdadero genio, sino refinada astucia. Se alcanza, ó por el favor del pueblo, ó por el de los magnates, porque en todas las ciudades hay dos tendencias que tienen su origen, una en no querer el pueblo que le opriman los poderosos, y otra en desear éstos dominar al pueblo. Ambas tendencias producen uno de estos tres resultados: ó el principado, ó la libertad, ó la licencia. El principado lo fundan el pueblo ó la nobleza, según la ocasión de que puede disponer

cada uno de estos dos bandos; porque cuando los magnates no pueden dominar al pueblo, aumentan la fama de cualquiera de ellos y lo eligen príncipe para, á su sombra, satisfacer mejor sus deseos de dominación. El pueblo, por su parte, cuando ve que no puede resistir á la nobleza y algún ciudadano llega á tener gran reputación, lo nombra príncipe, esperando que, con esta autoridad, lo defienda.

El que llega á ser príncipe con el auxilio de los nobles, se mantiene en el poder con más dificultad que el que debe el principado al pueblo, por estar rodeado de magnates que se creen iguales á él y le quitan la libertad de acción y de mando; pero el que asciende al principado por el favor popular, encuéntrase solo en el poder, y ninguno ó muy pocos de los que están á su lado dejan de mostrarse dispuestos á obedecerle. Además, las aspiraciones de los nobles sólo se satisfacen causando daño á alguien, y las del pueblo no exigen ofensa á nadie; siendo los propósitos del pueblo más honrados que los de la nobleza, porque ésta aspira á establecer la tiranía, y aquél á evitarla. Añádase á esto que el príncipe no puede nunca estar seguro contra el pueblo, porque son muchos los que lo forman, y sí contra los nobles, que son pocos.

Lo peor que puede ocurrir á un príncipe no querido de su pueblo, es que éste le abandone; pero de los nobles no debe temer solamente que se aparten de él, sino que le combatan, pues formando una clase más ilustrada y astuta, preparan las cosas para salvarse en todo caso, y procuran obtener ventajas del que esperan que venza.

También debe tener en cuenta el príncipe que necesita vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con la misma nobleza, pudiendo casi diariamente hacer ó deshacer nobles y quitarles ó darles elevada posición, se-

gún le plazca. Para aclarar más este punto, diré que los nobles deben considerarse principalmente bajo el aspecto de si demuestra ó no su conducta completa adhesión al príncipe. Los adictos, si no son ladrones, deben ser protegidos y honrados. Los no adictos hay que dividirlos en dos clases: ó no lo son por timidez y debilidad de carácter, y en tal caso debes servirte de ellos, máxime siendo buenos consejeros, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no hay que temerles, ó no lo son por cálculos y motivos de ambición, lo cual es indicio de que piensan más en ellos que en ti. De éstos debe guardarse el príncipe y considerarlos enemigos declarados, porque en los tiempos adversos ayudarán á su ruina.

Quien llega á ser príncipe por voluntad del pueblo, debe conservar su amistad, cosa fácil, puesto que el pueblo sólo pide no ser oprimido; pero quien contra los deseos del pueblo y sólo por el apoyo de los nobles alcanza el poder supremo, debe empezar ganándose el afecto del pueblo, lo cual tampoco ha de serle difícil desde el momento que esté en situación de protegerlo.

Como los hombres cuando reciben bienes de quienes esperaban males son más agradecidos al que los dispensa, el pueblo es más adicto al príncipe que lo trata bien, que si él mismo le hubiera puesto en el principado. Puede el príncipe ganarse la voluntad del pueblo de diversos modos, que varían según las circunstancias, y á causa de ello no cabe dar reglas fijas.

En conclusión; el cariño del pueblo es para un príncipe absolutamente necesario, por ser en la adversidad su único recurso.

Cuando el rey de Esparta Nabis hizo frente á la agresión de toda Grecia y de un victorioso ejército romano, defendiendo contra aquélla y éste su patria y su trono, bastóle para ello poner á buen recaudo un corto nú-

mero de ciudadanos, recurso insuficiente si el pueblo le hubiera sido enemigo.

A quien rechace esta opinión mía alegando el vulgar proverbio de que, *fundarse en el pueblo es como cimentar en lodo*, le diré que el dicho es cierto cuando un ciudadano particular acude al pueblo para que le libre de la opresión de sus enemigos ó de los magistrados, en cuyo caso sufrirá con frecuencia un desengaño, como sucedió á los Gracos en Roma y en Florencia á Jorge Scali. Pero si el que fía en el pueblo es un príncipe con autoridad y valor, á quien la adversidad no asuste, que haya tomado todas las necesarias disposiciones y sepa infundir su aliento y mantener ordenada la multitud, lejos de ver defraudadas sus esperanzas en el pueblo, se convencerá del acierto con que las ha fundado en él.

Suelen peligrar estos principados al pasar del régimen liberal al absoluto, sobre todo si el príncipe ejerce el mando, no personalmente, sino por medio de los magistrados. En este caso su situación es más débil y arriesgada por estar entregado á la discreción de los ciudadanos que desempeñan las magistraturas, quienes, especialmente en las adversidades, pueden privarle de su poder, ó rebelándose, ó negándose á cumplir sus órdenes. Entonces el príncipe no tiene tiempo ni medios para apoderarse de la autoridad absoluta, porque la costumbre de los ciudadanos de obedecer á los ministros impedirá que le sirvan personalmente y no tendrá de quien fiarse en momentos de tanta incertidumbre. En tal caso, el príncipe no puede conjeturar por lo que ocurre en las épocas tranquilas. En éstas todos los ciudadanos necesitan de su autoridad y todos acuden y prometen, y cada cual le ofrece morir por él, porque no hay peligro de que tal cosa suceda; pero en los momentos de peligro, cuando el príncipe necesita de los

ciudadanos, se encuentran pocos resueltos á servirle. Tanto más arriesgada es esta experiencia cuanto que sólo puede hacerse una vez.

Por ello un príncipe prudente debe gobernar de modo que sus súbditos en todo tiempo y circunstancias necesiten de su autoridad, y siempre le serán fieles.

CAPÍTULO X

Cómo deben graduarse las fuerzas de los gobiernos.

Importa también, al examinar las condiciones de estos principados, tener en cuenta otra consideración, á saber: si el príncipe gobierna Estados tan poderosos que en caso necesario puedan defenderse por sí mismos, ó si necesaria, para la defensa, de auxilio ajeno. A fin de aclarar más este concepto, digo que, en mi opinión, pueden defenderse por sí mismos los Estados que por abundancia de hombres ó de dinero son capaces de organizar un ejército y batallar contra quien le acometa; y creo necesitan auxilio ajeno los que no pueden presentarse contra el enemigo en campaña y tienen que aguardarle tras los muros de las fortalezas.

Del primer caso ya he tratado, y aun me ocuparé de él en adelante. Del segundo sólo puede decirse que los príncipes que en él se encuentren deben aprovisionar y fortificar la población donde residan, no cuidándose del resto del país. Quien tenga bien fortificada la capital de sus Estados y se porte con los demás gobiernos y sus súbditos como ya he dicho y repetiré después, no será atacado sin grandes precauciones, á causa de ser los hombres enemigos de las empresas que presentan grandes dificultades, y las hay siempre para acometer al

que tiene la capital de su Estado bien defendida y cuenta con el afecto de su pueblo.

Las ciudades de Alemania gozan de gran libertad, tienen escaso territorio y obedecen cuando quieren al Emperador, sin temer á éste ni á ningún otro magnate que haya en sus inmediaciones, por estar de tal modo fortificadas que todos comprenden cuán larga y difícil sería su expugnación. Todas tienen buenos muros y fosos, abundante artillería, y en los almacenes municipales provisiones de boca y combustible para un año. Además, para alimentar á la plebe sin perjuicio del Erario, tienen también preparados trabajos que la ocupen durante un año en los oficios que le son habituales y forman el nervio de aquellas poblaciones. También están sus tropas bien ejercitadas y con buenas ordenanzas.

Por consiguiente, un príncipe que tenga su capital bien fortificada y no se haga odiar, no puede ser atacado; y si lo fuese, el agresor sufriría la vergüenza de retirarse; porque las cosas del mundo son tan varias, que es casi imposible permanecer un año sitiando una plaza. Y á quien objetare que los sitiados, al ver sus haciendas saqueadas y quemadas, no tendrían paciencia, y que las molestias del largo asedio les harían olvidar su afecto al príncipe, le responderé que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades, unas veces haciendo esperar á sus súbditos que el mal no dure mucho, otras excitando su temor á las crueldades del enemigo, otras poniendo hábilmente á buen recaudo á los que parezcan demasiado atrevidos.

Además, lo natural es que el enemigo tale y arruine el país cuando lo invade, y, por tanto, cuando los hombres están más sobrescitados y dispuestos á la defensa. No debe, pues, temer este peligro el príncipe, porque,

pasado algún tiempo, cuando los ánimos se calman los daños están hechos y no tienen remedio. Entonces se unirán á su príncipe mucho más, puesto que, por defenderle, han sido quemadas sus casas y arruinadas sus posesiones, siendo propio de la naturaleza humana obligarse lo mismo por los beneficios hechos que por los recibidos. Así, pues, bien considerado todo, no será difícil á un príncipe prudente mantener firme el ánimo de sus conciudadanos antes y durante un asedio, siempre que no le falten víveres y medios de defensa.

CAPÍTULO XI

De los principados eclesiásticos.

Réstame hablar ahora de los principados eclesiásticos, respecto de los cuales todas las dificultades ocurren antes de posesionarse de ellos, pues se adquieren por mérito ó fortuna; pero se conservan sin ninguna de ambas cosas. Basándose la posesión en las antiguas instituciones religiosas, son éstas tan fuertes que mantienen la autoridad del príncipe, cualquiera que sea su modo de vivir y de gobernar.

Estos príncipes eclesiásticos son los que poseen Estados sin defenderlos, y súbditos sin gobernarlos; y ni les quitan los Estados indefensos, ni los súbditos sin gobierno se cuidan ni piensan en emanciparse. Tales principados son los únicos tranquilos y felices. Regidos por preceptos tan altos que la mente humana no los alcanza, dejaré de hablar de ellos, pues formados y mantenidos por Dios, sería presunción y temeridad criticarlos.

Sin embargo, si alguno me preguntase por qué el poder temporal de la Iglesia ha llegado á ser tan gran-

31010

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
1625 MONTENEGRO, MEXICO

de, cuando desde el Papa Alejandro VI hacia atrás, los potentados italianos, y no sólo los que merecen este nombre, sino todos los barones y señores, por escasas que fueran sus fuerzas, estimaban poquísimos dicho poder, mientras ahora hace temblar á un Rey de Francia y le arroja de Italia y arruina á los venecianos, responderé citando hechos que, de puro sabidos, apenas merecen recordarse.

Antes de que el rey Carlos VIII de Francia bajara á Italia, dominaban en esta comarca el Papa, los venecianos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y los florentinos. Todos estos potentados cuidaban principalmente de que ningún extranjero entrara con ejército en Italia, y de que ninguno de ellos ensanchara sus dominios.

Los que en este último punto inspiraban más desconfianza eran el Papa y los venecianos. Para contener á éstos necesitábase la unión de todos los demás, como se verificó cuando la defensa de Ferrara, y para limitar la ambición que pudieran tener los Papas servíanse de los barones romanos, los cuales, divididos en dos bandos, el de los Orsini y el de los Colonna, mantenían continuas discordias, estando casi siempre con las armas en la mano para vengar sus injurias, aun á los ojos del Pontífice, cuya autoridad era débil y precaria; y aunque de vez en cuando apareciese un Papa animoso, como Sixto V, ni su fortuna, ni su ciencia les libraban por completo de estos abusos, á causa de la breve duración de cada Pontificado, que se calcula por término medio de diez años, tiempo insuficiente para aminorar el poder de cualquiera de ambos bandos. Además, si un Pontífice acababa, como quien dice, con los Colonna, venía después otro, enemigo de los Orsini, que aumentaba el poder de los Colonna, sin vivir el tiempo necesario para destruir á aquéllos. Todo esto

ocasionaba que se tuviera en poca estimación en Italia el poder temporal del Papa.

Así las cosas, ascendió al pontificado Alejandro VI, quien, de todos los Pontífices habidos, es el que mejor demostró lo que el Papa puede hacer con el dinero y la fuerza. Valiéndose del duque Valentino y aprovechando la venida de los franceses á Italia, hizo cuanto hemos referido al hablar de los actos de César Borja. Aunque su intento no fué engrandecer el poder de la Iglesia, sino el del Duque, resultó lo primero, porque, después de su muerte y de la de César Borja, la Iglesia fué heredera del fruto de sus esfuerzos.

Vino después el Papa Julio II, quien encontró el poder de la Santa Sede aumentado con la posesión de toda la Romana, sin fuerza ni prestigio los barones romanos, y, por la persecución del Papa Alejandro, anulados los bandos que éstos fomentaban. Encontró también el camino para acumular dinero más expedito que lo había estado en ningún tiempo antes de Alejandro, á quien no sólo siguió en todas las condiciones de su política, sino le aventajó, ganando á Bolonia, humillando á los venecianos y arrojando de Italia á los franceses; empresas todas que llevó á feliz término y que fueron tanto más laudables cuanto que tuvieron por único objeto engrandecer á la Iglesia y no á sus parientes. Contuvo los bandos de Colonna y Orsini dentro de los límites en que estaban al ocupar él la Sede pontificia, y aunque conservaban gérmenes de los antiguos desórdenes, hubo dos cosas que los mantuvieron en paz: el gran poder de la Iglesia, que les asustaba, y el no tener cardenales ninguna de ambas casas, porque éstos eran los que alentaban dentro y fuera de Roma los dos partidos, á los cuales por necesidad se afiliaban los barones. De tal suerte, la ambición de los prelados producía las discordias y los tumultos entre los nobles.

Su Santidad el Papa León X ha encontrado, pues, la Santa Sede poderosísima, esperándose que, si Alejandro y Julio la hicieron grande por la fuerza de las armas, la aumente en poder y en veneración por su bondad y las otras infinitas virtudes que le adornan.

CAPÍTULO XII

De las diferentes clases de milicia y de los soldados mercenarios.

Referidas ya las condiciones de los principados que me propuse examinar, y expuestos hasta cierto punto los motivos de lo que puede serles favorable ó adverso, como también los medios que algunos han empleado para adquirirlos, réstame disertar en términos generales sobre los casos de ofensa y defensa que en cada uno de ellos pueden ocurrir.

Ya hemos dicho que todo príncipe debe procurar que los fundamentos de su poder sean buenos, pues, de lo contrario, necesariamente se arruinará. Las principales bases de todos los Estados, nuevos, antiguos ó mixtos son las buenas leyes y los buenos ejércitos; y como no puede haber buenas leyes donde no haya buenos ejércitos, y donde éstos existen aquéllas también, no hablaré ahora de las leyes, sino de las tropas.

Las que emplee un príncipe para la defensa de sus Estados, ó son propias ó mercenarias, ó auxiliares ó mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas, y quien fie su poder en ellas nunca lo tendrá firme y seguro, porque carecen de unión, son ambiciosas, indisciplinadas, infieles, valerosas contra los amigos y cobardes contra los enemigos; no teniendo temor

á Dios ni buena fe con los hombres, el príncipe á quien defienden cae tan pronto como son atacadas, siendo robado en la paz por estos mercenarios, y en la guerra por los enemigos.

La causa de esto es no tener más afición y motivo para servir con las armas que el corto estipendio que reciben, insuficiente para dar la vida por quien defienden; por ello desean el servicio en tiempo de paz, pero cuando llega la guerra, ó huyen ó desertan. Y poco trabajo cuesta demostrar que la causa de la ruina de Italia no es otra sino el haber fiado su seguridad durante muchos años á ejércitos mercenarios, que á veces prestaron servicios á algunos y en luchas entre si parecían valerosos, pero al llegar los extranjerios se mostraron tal cual eran. De esta suerte el rey Carlos VIII pudo apoderarse de Italia sin más trabajo que el de ir señalando á sus tropas alojamiento. Los que atribuían la causa á nuestros pecados decían la verdad, si bien no eran los pecados que ellos suponían, sino los que he referido. Como los pecadores eran los príncipes, ellos son los que han sufrido el castigo.

Pero demostraré aun mejor los perjuicios de esta clase de tropas. Los generales mercenarios, ó son excelentes ó no lo son: en el primer caso no se puede fiar en ellos, porque siempre aspirarán á su personal engrandecimiento, ú oprimiendo al príncipe á cuyo servicio estén ó á otros, contra la voluntad de su señor; y si no son valerosos, ordinariamente arruinan el Estado por lo mal que le sirven.

Si se objeta que quien tenga las armas en la mano, sea ó no mercenario, hará lo mismo, replicaré que los ejércitos están destinados á servir á un príncipe ó á una república. Cuando sirven á un príncipe debe éste desempeñar personalmente el cargo de general, y cuando á una república, nombrará á uno de sus ciudadanos; si

éste no muestra valor, le reemplazará con otro; y si es buen general, le tendrá sujeto á las leyes para que no se extralimite.

La experiencia demuestra que sólo los príncipes y las repúblicas armadas hacen grandes progresos, mientras las tropas mercenarias siempre causan daño. Con mayor dificultad domina un ciudadano una república cuando los ejércitos son propios que si son mercenarios. Largo tiempo vivieron Roma y Esparta libres y con ejércitos suyos. Los suizos no pueden estar más armados ni gozar de mayor libertad.

Del peligro de valerse de tropas mercenarias son ejemplo en la antigüedad los cartagineses, que estuvieron á punto de ser víctimas de tales tropas al terminar la primera guerra púnica, á pesar de tener al frente de ellas ciudadanos suyos. Los tebanos, muerto Epaminondas, nombraron general de su ejército á Filipo de Macedonia, quien después de vencer con él á los enemigos, les privó de la libertad.

Tomaron á sueldo los milaneses, cuando murió el duque Felipe, á Francisco Sforza, para la guerra contra los venecianos, y éste, después de vencerlos en Caravaggio, se convino con ellos para dominar á los milaneses, á cuyo servicio estaba. Su padre Sforza, general á sueldo de la reina Juana de Nápoles, la dejó de pronto sin ejército, y ella, para no perder su reino, vióse obligada á echarse en brazos del rey de Aragón.

A los que digan que los venecianos y los florentinos aumentaron sus dominios en tiempos pasados con ejércitos de esta clase, y que sus generales, sin hacerse príncipes, les defendieron siempre, responderé que la suerte favoreció en esto á los florentinos, porque los capitanes ilustres á quienes podían temer, ó no vencieron en las guerras, ó tropezaron con grandes obstáculos ó pusieron sus miras en otras partes. El que no ven-

ció fué Juan Acuto (1), y por esta causa no se pudo conocer su fidelidad; pero todos confesarán que, de haber vencido, quedara Florencia á su discreción. Sforza tuvo siempre enfrente á Braccio con sus tropas, y su rivalidad les hacía celarse uno á otro. Francisco Sforza dirigió su ambición á ser dueño de Lombardia y los intentos de Braccio eran contra los Estados de la Iglesia y el reino de Nápoles.

Pero vengamos á lo ocurrido recientemente. Tomaron los florentinos á su servicio á Pablo Vitelli, capitán prudentísimo que, de origen humilde, había llegado á tener gran fama. Si hubiera tomado á Pisa nadie negará que los florentinos habrían corrido gran riesgo de perder su libertad, porque pasándose Vitelli á sus enemigos, carecían de medios para defenderla, y, no pasándose, quedaban á merced suya.

Si se estudia bien el engrandecimiento de los venecianos, se verá que lo alcanzaron segura y gloriosamente mientras combatían con sus propias fuerzas, las marítimas, como lo hicieron con sus caballeros y su plebe armada; pero al batallar en tierra, deseosos de aumentar sus posesiones en Italia, abandonaron aquel sistema y siguieron el de los demás Estados italianos. Mientras el ensanche en tierra firme fué escaso, por ello y por su fama de poderosos no temían á sus generales; pero cuando ampliaron sus conquistas bajo el mando de Carmañola, pudieron comprender su error. Al observar que era un general de gran mérito, que había batido al duque de Milán y que quería prolongar la guerra, juzgaron imposible vencer definitivamente con él, y peligroso despedirle sin exponerse á perder lo conquistado, por lo cual se vieron en la precisión de matarle.

(1) Juan Hawkwood, capitán inglés que tenía á sus órdenes 4.000 hombres de su nación.

Han tenido después á sueldo á los generales Bartolomé de Bérghamo, Roberto de San Severino, el conde de Pitigliano y otros semejantes, con los cuales no podían esperar ganancias, sino pérdidas, como sucedió cuando la batalla de Vailla, por la cual perdieron en un día lo que habían conquistado con grandes trabajos en ochocientos años; pues con tales ejércitos sólo se consiguen lentas, tardías y débiles conquistas, y en cambio las pérdidas son rápidas y prodigiosas.

Como estos ejemplos me han inducido á hablar de Italia, donde sólo existen desde hace ya largo tiempo ejércitos mercenarios, tomaré tales cosas de más lejos, para que, vistos los orígenes y progresos del mal, sea más fácil corregirlos. Conviene recordar que cuando el Imperio en estos últimos tiempos empezó á ser rechazado de Italia y el poder temporal del Papa á tomar mayor consistencia, se dividió Italia en muchos Estados, porque varias de las grandes ciudades tomaron las armas contra los nobles que, favorecidos por el Imperio, las oprimían y la Santa Sede las auxiliaba, aumentando así su dominación. Otras se declararon independientes, siendo gobernadas por sus mismos habitantes. De esta suerte llegó á estar Italia en manos de la Iglesia y de algunas repúblicas, y como ni los eclesiásticos ni los ciudadanos tenían costumbre de manejar armas, comenzaron á tomar á sueldo tropas extranjeras. El primero en acreditar esta clase de milicia fué Alberico de Confo, natural de la Romaña. En su escuela aprendieron el arte de la guerra Braccio, Sforza y otros que, según se dice, fueron entonces los árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos los demás que en nuestros tiempos han capitaneado los ejércitos mercenarios en Italia, y su valor é inteligencia han originado que Carlos VIII la recorra de uno á otro extremo, Luis XII la robe, Fernando V la oprima y los suizos la

insulten. La organización que los jefes de tropas mercenarias establecieron y mantienen, consiste primeramente en desacreditar la infantería para acreditar su caballería. Lo hacen así porque, no teniendo Estados y viviendo de su profesión militar, pocos infantes no les daban crédito, y muchos, no podían mantenerlos. Han preferido, pues, tener caballería en número proporcionado á sus recursos, número que les permita vivir con reputación, llegando las cosas á términos de que un ejército de veinte mil soldados no contara con dos mil de infantería. Además, habían establecido para librarse y librar á sus soldados de trabajos y peligros, no matarse en las escaramuzas, sino coger prisioneros y darles después libertad sin rescate. En los asedios, ni los sitiadores atacaban ni los sitiados hacían salidas durante la noche. No defendían los campamentos con trincheras, ni acampaban en invierno. Una organización militar en que existían tales cosas, inventadas para eludir trabajos y peligros, según antes he dicho, han traído á Italia á ser esclavizada y escarnecida.

CAPÍTULO XIII

De las tropas auxiliares, mixtas y nacionales.

Son tropas auxiliares las que un príncipe poderoso presta á otro para ayudarle ó defenderle, y resultan tan inútiles como las mercenarias. Ejército auxiliar fué, por ejemplo, el que tuvo el Papa Julio II, quien, en vista de los deplorables resultados que en la empresa contra Ferrara dieron los mercenarios, convino con Fernando, rey de España, en que éste le ayudara con su ejército.

Tales tropas pueden ser buenas y útiles en sí mis-

mas; pero siempre dañosas para quien las llama en su auxilio, porque, si las derrotan, sufre él las consecuencias y, si vencen, queda á merced de ellas. Llena está la historia antigua de ejemplos que pudieran aducirse; pero me limitaré al citado de Julio II, que es reciente. Quiso apoderarse de Ferrara, para ello se puso en manos de un extranjero; pero su buena fortuna ocasionó un suceso que le impidió sufrir las consecuencias de esta falta, porque derrotados sus auxiliares en Ravena y apareciendo los suizos, que pusieron en fuga á los vencedores, contra lo que él y los demás creían, se libró de los enemigos, ahuyentados por los suizos, y de los auxiliares, porque esta última victoria no se debía á ellos.

Por llevar los florentinos cuando estaban completamente desarmados, diez mil franceses al asedio de Pisa, estuvieron en mayor peligro que en ocasión alguna.

El emperador de Constantinopla, para contrarrestar á sus vecinos, envió á Grecia diez mil turcos, quienes, acabada la guerra, no quisieron salir de allí, empezando entonces á estar los griegos en la servidumbre de los infieles.

El que quiera ponerse en el caso de no vencer, que se valga de estos ejércitos, mucho más peligrosos que los mercenarios, porque una vez consumada la ruina de quien auxilian, vuélvense unidos á la obediencia de su señor, mientras los mercenarios, si vencen, necesitan para ofender al que sirven esperar ocasión propicia y tiempo oportuno, pues no forman un ejército unido. Además, pagados por el príncipe, tampoco el que éste pone al frente de las tropas adquiere rápidamente tanto dominio de ellas que las pueda sublevar contra su señor. En suma, los ejércitos mercenarios son peligrosos por su pereza y cobardía al combatir, y los auxiliares por su valor. Los príncipes prudentes siempre evitan valerse

de tales tropas, prefiriendo las propias, y querrán mejor ser vencidos con las suyas que vencer con las de otro, no estimando verdaderas victorias las que se alcanzan con ejércitos ajenos.

Siempre en estos casos presentaré el ejemplo de César Borja y de sus actos. Entró en la Romaña con tropas auxiliares, todas francesas, y con ellas tomó á Imola y Forli. Creyendo que no debía fiarse de este ejército y que los soldados mercenarios eran menos peligrosos, tomó á sueldo á los Orsini y á los Vitelli. Cuando observó que en las operaciones su conducta era dudosa, infiel y ocasionada á grave riesgo, acabó con ellos y organizó ejército propio. Y puede verse fácilmente la diferencia entre unas y otras tropas, teniendo en cuenta los distintos hechos del Duque cuando tuvo á sueldo primero á los franceses y después á los Orsini y los Vitelli, y cuando mandó soldados propios y pudo manifestar toda su habilidad, siendo verdaderamente estimado desde el momento en que todos le vieron completamente dueño de sus tropas.

Aunque quisiera concretarme á ejemplos de nuestra moderna historia italiana, citaré, sin embargo, el del siracusano Hierón, de quien he hablado anteriormente. Nombrado éste, como ya dije, general del ejército de Siracusa, comprendió inmediatamente la inutilidad de las tropas mercenarias, porque sus jefes se portaban como los nuestros italianos, y pareciéndole que no le convenía tenerlas ni licenciarlas, las destruyó, haciendo después la guerra con ejército suyo y nunca de otro.

Recordaré también una figura del antiguo testamento que viene bien á este propósito. Cuando David se ofreció á Saúl para pelear con el provocador filisteo Goliat, para infundirle mayor ánimo le mandó poner el Rey su propia armadura; pero David, al verse con ella,

se negó á llevarla porque le impedía el libre uso de sus miembros, prefiriendo afrontar al enemigo con su honda y su cuchillo.

Resulta, pues, que los ejércitos ajenos, ó te arruinan, ó te abandonan, ó te ahogan. Carlos VII, padre del rey Luis XI, cuando por su valor y fortuna arrojó de Francia á los ingleses, comprendió la necesidad de tener ejército propio y dió á su reino las ordenanzas de los hombres de armas y de la infantería. Posteriormente el rey Luis, su hijo, prescindió de la infantería propia, tomando á sueldo suizos. Esta falta, cometida también por sus sucesores, es causa, como se está viendo, de grandes peligros para aquel reino, pues ha servido para dar fama á los suizos y para desprestigiar el ejército francés. Carece éste de infantería, y sus hombres de armas están sometidos en cierto modo á una milicia extranjera, pues acostumbrados á pelear al lado de los suizos, no creen poder vencer sin su ayuda. De aquí que los franceses no se atrevan contra los suizos, ni contra otros, sin que éstos les acompañen.

Son, pues, los ejércitos franceses mixtos de nacionales y mercenarios, organización preferible á la de ejércitos auxiliares ó completamente mercenarios; pero muy inferior á la de ejércitos nacionales. Baste, para probarlo, el referido ejemplo, porque el reino de Francia sería invencible si la organización de Carlos VII se hubiera conservado y desarrollado; pero la escasa prudencia humana ve en muchas cosas la ventaja inmediata, y no el veneno que encierran, como en la fiebre ética de que ya he hablado.

Así, pues, el príncipe que no conoce los males sino cuando son ya incurables, no es verdaderamente sabio; sabiduría que pocos tienen.

La primera causa de la ruina del imperio romano fué el empezar á tomar á sueldo á los godos, porque esto

ocasionó el enervamiento de las fuerzas del imperio, y la fama de las tropas romanas pasó á las godas.

Termino, pues, afirmando que, sin ejército propio, ningún principado está seguro, quedando á merced de la fortuna y sin recursos que en la adversidad lo defiendan. Siempre fué opinión y máxima de los sabios no haber nada más débil é inestable que la fama de un poder no fundado en fuerzas propias. Ejércitos nacionales son los organizados con súbditos ó ciudadanos ó deudos tuyos: todos los demás, son: ó mercenarios, ó auxiliares. La organización de aquéllos se aprenderá fácilmente estudiando las que he referido en anteriores escritos (1), donde se verá cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y principados los han ordenado y armado.

CAPÍTULO XIV

De las obligaciones de un príncipe con respecto á la milicia.

La principal ocupación y el estudio preferente de un príncipe debe ser el arte de la guerra y la organización y disciplina de los ejércitos, porque ésta es la verdadera ciencia del gobernante, y tan útil, que no sólo sirve para mantener en el poder á los que han nacido príncipes, sino también para que simples particulares lleguen á este rango supremo. En cambio, es frecuente ver perder sus Estados á los príncipes que viven en la mollicie y el reposo. Repito, pues, que la principal causa para perder el poder es desdeñar el arte de la guerra, y la primera para alcanzarlo profesar dicho arte.

Por tener un ejército llegó Francisco Sforza de sim-

(1) Alude sin duda á su obra *El arte de la guerra*.